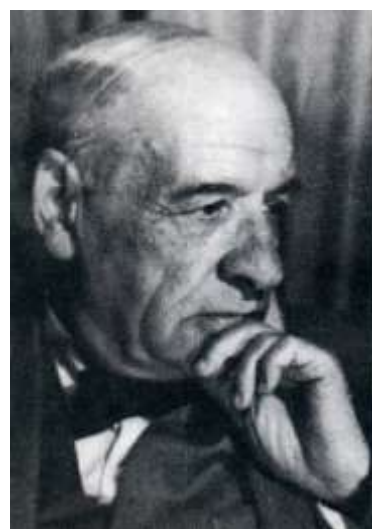
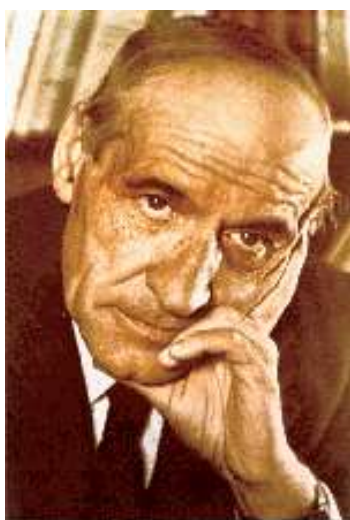

PENSAMIENTOS Y FRASES DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET



No vivimos para pensar, sino, por el contrario, pensamos para sobrevivir.

La vida humana eterna sería insoportable. Cobra valor precisamente porque su brevedad la aprieta, densifica y hace compacta.

La vida nos ha sido dada, pero no nos ha sido dada hecha.

La vida es una serie de colisiones con el futuro; no es la suma de lo que hemos sido, sino lo que anhelamos ser.

Vivir no es ni más ni menos que hacer una cosa en vez de otra.

Algunas personas enfocan su vida de modo que viven con entremeses y guarniciones. El plato principal nunca lo conocen.

Es falso decir que lo que nos determina son las circunstancias. Al contrario, las circunstancias son el dilema ante el cual tenemos que decidirnos. Pero el que decide es nuestro carácter.

El mayor crimen está ahora no en los que matan, sino en los que no matan, pero dejan matar.

Ser de izquierdas es como ser de derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de hemiplejía moral.

La masa cree que tiene el derecho de imponer y dar fuerza de ley a las ideas nacidas de un café.

El malvado descansa algunas veces; el necio jamás.

Hay tantas realidades como puntos de vista. El punto de vista crea el panorama.

El amor consiste en impulsar a un ser a la perfección de sí mismo.

El amor nos liga a las cosas, aun cuando sea pasajera.

Considero que es la filosofía la ciencia general del amor: dentro del globo intelectual representa el mayor ímpetu hacia una omnímoda conexión.

Hay dentro de toda cosa la indicación de una posible plenitud. Un alma abierta y noble sentirá la ambición de perfeccionarla, de auxiliarla para que logre esa su plenitud. Esto es amor—el amor a la perfección de lo amado.

El hombre se diferencia del animal en que bebe sin sed y ama sin tiempo.

Nos enamoramos cuando nuestra imaginación proyecta una perfección inexistente sobre otra persona. Un día, la fantasía se evapora y con ella, el amor muere.

El amor es ese desencadenante espléndido de la vitalidad humana, la actividad suprema que la naturaleza ofrece a cualquiera para salir de sí mismo hacia otra persona.

El amor, a quien pintan ciego, es vidente y perspicaz porque el amante ve cosas que el indiferente no ve y por eso ama.

Lo amado es, por lo pronto, lo que nos parece imprescindible. ¡Imprescindible! Es decir, que no podemos vivir sin ello, que no podemos admitir una vida donde nosotros existiéramos y lo amado no, que lo consideramos como una parte de nosotros mismos.

Yo desconfío del amor de un hombre a su amigo o a su bandera cuando no le veo esforzarse en comprender al enemigo o a la bandera hostil.

El pensamiento siente una fruición muy parecida a la amorosa cuando palpa el cuerpo desnudo de una idea.

El deseo muere automáticamente cuando se logra; fenece al satisfacerse. El amor, en cambio, es un eterno deseo insatisfecho.

No hay amor sin instinto sexual. El amor usa de este instinto como de una fuerza brutal, como el bergantín usa el viento.

El placer sexual parece consistir en una súbita descarga de energía nerviosa. La fruición estética es una súbita descarga de emociones alusivas. Análogamente es la filosofía como una súbita descarga de intelección.

Los hombres más capaces de pensar sobre el amor son los que menos lo han vivido; y los que lo han vivido suelen ser incapaces de meditar sobre él.

Todo el que ha conocido algún gran hombre se ha sorprendido de hallar que su alma poseía un halo de puerilidad.

El vanidoso necesita de los demás, busca en ellos la confirmación de la idea que quiere tener de sí mismo.

Muchos hombres, cómo los niños, quieren una cosa, pero no sus consecuencias.

Cada día me interesa menos ser juez de las cosas y voy prefiriendo ser su amante.

La palabra es un sacramento de difícil administración.

Uno es esclavo de lo que dice, pero dueño de lo que calla.

Todo lo general, todo lo aprendido, todo lo logrado en la cultura es solo la vuelta táctica que hemos de tomar para convertirnos a lo inmediato. Los que viven junto a una catarata no perciben su estruendo.

La metáfora es probablemente el poder más fértil que posee el hombre.

El progreso no consiste en aniquilar hoy el ayer, sino, al revés, en conservar aquella esencia del ayer que tuvo la virtud de crear ese hoy mejor.

La belleza que atrae, rara vez coincide con la belleza que enamora.

Ciencia es todo aquello sobre lo cual siempre cabe discusión.

Leibniz o Kant o Hegel, son difíciles, pero son claros como una mañana de primavera; Giordano Bruno y Descartes, tal vez no sean del mismo modo difíciles, pero, en cambio, son confusos.

La ciencia consiste en sustituir el saber que parecía seguro por una teoría, o sea, por algo problemático.

Siempre que enseñes, enseña a la vez a dudar de lo que enseñes.

De querer ser a creer que se es ya, va la distancia de lo trágico o lo cómico.

Con la moral corregimos los errores de nuestros instintos, y con el amor los errores de nuestra moral.

Puedo comprometerme a ser sincero; pero no me exijáis que me comprometa a ser imparcial.

Juzgar los hechos amargos con sesgo optimista equivale a no habernos enterado debidamente de ellos.

La juventud necesita creerse, a priori, superior. Claro que se equivoca, pero este es precisamente el gran derecho de la juventud.

La civilización no es más que el esfuerzo por reducir el uso de la fuerza hasta el último recurso.

Sólo se aguanta una civilización si muchos aportan su colaboración al esfuerzo. Si todos prefieren gozar el fruto, la civilización se hunde.

Ser un artista significa dejar de tomar en serio a esa persona tan seria que somos cuando no somos artistas.

Lo que hace grande a una nación no es principalmente sus grandes hombres, sino la estatura de sus innumerables mediocres.

El rencor es una emanación de la conciencia de inferioridad. Es la supresión imaginaria de quien no podemos con nuestras propias fuerzas realmente suprimir.

El cínico, un parásito de la civilización, vive negándolo, por la sencilla razón de que está convencido de que no fallará.

Biografía: un sistema en el que se unifican las contradicciones de la vida humana.

Cada vida es, más o menos, una ruina entre cuyos restos tenemos que descubrir qué debería haber sido esa persona.

Tanto si es un original o un plagio, el hombre es el novelista de sí mismo.

La elección de un punto de vista es el acto inicial de una cultura.

Al hablar, al pensar, nos comprometemos a aclarar las cosas, y eso nos obliga a exacerbarlas, dislocarlas, esquematizarlas. Cada concepto es en sí mismo una exageración.

Yo no desdeño la moralidad en beneficio de un frívolo jugar con las ideas. Las doctrinas inmoralistas que hasta ahora han llegado a mi conocimiento carecen de sentido común.

Será inmoral toda moral que no impere entre sus deberes el deber primario de hallarnos dispuestos constantemente a la reforma, corrección y aumento del ideal ético. Toda ética que ordene la reclusión perpetua de nuestro albedrío dentro de un sistema cerrado de valoraciones, es ipso facto perversa.

Quien hace una pregunta teme parecer un ignorante durante cinco minutos. Quien no pregunta se mantiene ignorante toda la vida.

Una buena parte de los hombres no tiene más vida interior que la de sus palabras, y sus sentimientos se reducen a una existencia oral.

El que no pueda lo que quiera, que quiera lo que pueda.

Que no sabemos lo que nos pasa: eso es lo que nos pasa.

¡Sabemos tantas cosas que no comprendemos! Toda la sabiduría de hechos es, en rigor, incomprensiva, y solo puede justificarse entrando al servicio de una teoría.

Mientras el tigre no puede dejar de ser tigre, no puede destigrarse, el hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse.

El pensamiento es la única cosa del Universo de la que no se puede negar su existencia: negar es pensar.

La historia del toreo está ligada a la de España, tanto que, sin conocer la primera, resultará imposible comprender la segunda.

Lo menos que podemos hacer, en servicio de algo, es comprenderlo.

Cultura es labor, producción de las cosas humanas; es hacer ciencia, hacer moral, hacer arte.

Aunque la mayoría de personas no van hacia ninguna parte, es un milagro encontrarse con una que reconozca estar perdida.

La verdadera varita mágica es la mente del niño, puesto que es capaz de imaginar cualquier cosa.

La imaginación nos permite escapar al peso grave de la existencia.

Sería la ambición postrera de filosofía llegar a una sola proposición en que se dijera toda la verdad. Así las mil y doscientas páginas de la Lógica de

Hegel son solo preparación para poder pronunciar, con toda la plenitud de su significado, esta frase: «La idea es lo absoluto.»

Preferible es que los filósofos se ocupen sólo en pensar y que, de cuando en cuando, los gobernantes lean lo que los filósofos han pensado, no para hacerles caso –ieso de ninguna manera!–, sino tan sólo por vía gimnástica y como puro ejercicio.

Nada más noble y atractivo fuera que encargar a la inteligencia de hacer felices a los hombres, pero apenas lo intenta, como si una divinidad se opusiese a ello, la inteligencia se convierte en política y se aniquila como inteligencia.

El lirismo es la cosa más delicada del mundo. Supone una innata capacidad para lanzar al Universo lo más íntimo de nuestra persona.

Un ser cuyo secreto personal tenga más o menos carácter privado, producirá siempre una lírica trivial y prosaica.

La reabsorción en la circunstancia es el destino concreto del hombre.

Vivir, es de cierto, tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él.

De todas las enseñanzas que la vida me ha proporcionado, la más acerba, la más inquietante es la de convencerme de que la especie menos frecuente sobre la tierra es la de los hombres veraces.

Yo he buscado en torno, con miradas suplicantes de náufrago, los hombres a quien importase la verdad, la pura verdad, lo que las cosas son por sí mismas, y apenas he hallado alguno.

Mi objeción al misticismo es que de la visión mística no redunda beneficio alguno intelectual.

El misticismo tiende a explotar la profundidad y especula con lo abismático.

Contra lo que pueda suponerse, es la filosofía un gigantesco afán de superficialidad; quiero decir, de traer a la superficie y tornar patente, claro, perogrullesco, si es posible, lo que estaba subterráneo, misterioso y latente.

Cualquier teología parece transmitir más cantidad de Dios, más atisbos y nociones de la divinidad, que todos los éxtasis de todos los místicos juntos.

La filosofía es el tratamiento a que el hombre somete la tremebunda herida abierta en lo más profundo de la fe al marcharse.

En el hombre no hay más que sustituciones, y cada una lleva adherida a su espalda el cadáver de aquella que está llamada a sustituir.

La vida es permanente conciencia de naufragio y menester de natación.

La conciencia de naufragio, al ser la verdad de la vida, es ya la salvación. Por eso yo no creo más que en los pensamientos de los náufragos.

El sábado por causa del hombre es hecho; no el hombre por causa del sábado.

El aparato que mejor registra la jerarquía de nuestros entusiasmos vitales es la muerte. Será lo más importante en nuestra vida aquello por lo que seamos capaces de morir.

El hombre moderno ha puesto su pecho en las barricadas de la revolución, demostrando así inequívocamente que esperaba de la política la felicidad.

La democracia propone que mandemos todos; que todos intervengamos soberanamente en los hechos sociales. El liberalismo, en cambio, es la tendencia a limitar la intervención del Poder público.

La moral de la modernidad ha cultivado una sensibilidad arbitraria en virtud de la cual todo es preferible a morir. ¿Por qué si la vida es tan mala?

Tanto vale decir que se vive como se desvive. El fenómeno de morir se va produciendo desde la concepción.

Considerar definitiva una filosofía es separarla del proceso histórico, colocarle fuera del tiempo. No necesitamos pensar que nuestra filosofía sea la definitiva, sino que la sumergimos, como cualquier otra, en el flujo histórico de lo corruptible. Eso significa que vemos toda filosofía como constitutivamente un error, la nuestra como las demás.

Lleva anejo el clasicismo el carácter de perfección. Solo hacemos perfectamente lo que es un poco inferior a nuestras facultades. La sociedad sería perfecta si los ministros fueran gobernadores de provincia; los profesores de Universidad, maestros de segunda enseñanza, los coroneles, capitanes. No sé qué adverso signo obliga a los hombres a lo contrario.

Esta voluntad de eterna perduración que yace en el fondo de toda hora de placer, ha servido a Nietzsche para distinguir los valores verdaderos, las nuevas tablas de lo bueno y lo malo.

La Naturaleza es más perfecta que la cultura; es decir, la bestia está más cerca de Dios que el hombre.

Todos somos filósofos. O como dice Kant: No se aprende filosofía; se aprende a filosofar.

No necesitamos pensar que nuestra filosofía sea la definitiva, sino que la sumergimos, como cualquier otra, en el flujo histórico de lo corruptible. Eso

significa que vemos toda filosofía como constitutivamente un error, la nuestra como las demás.

Lo más grave del utopismo no es que dé soluciones falsas a los problemas, sino algo peor: es que no acepta el problema –lo real– según se presenta.; antes bien, a priori le impone una caprichosa forma.

Verdad es que el gran público odia siempre lo nuevo por el mero hecho de serlo.

Nietzsche medía el valor de cada individuo por la cantidad de soledad que pudiese soportar; por la distancia de la muchedumbre a que su espíritu estuviese colocado.

La obra romántica hace converger el fervor de las gentes, no sobre sí, sino sobre el escritor, cuya persona real, en su carne y hueso, se convierte en un poder social. Los políticos le temen y las mujeres se enamoran de él.

Cuando un escritor no se contenta con ser escritor, sino que aspira a ser héroe, hay vehemente sospecha de que no tiene limpia la conciencia literaria.

El escritor insatisfecho de sí mismo se esfuerza por completarse con otra cosa... La consecuencia de esta deslealtad al arte es trágica. La política nula la poesía de que aún es capaz el escritor.

Proust aporta a la literatura lo que pudiera denominarse una intención general atmosférica... La existencia de los personajes de Proust tiene un carácter vegetativo. Para la planta, vivir es estar y no hacer.

Los personajes de Proust van, como vegetales, inertes dentro de sus destinos atmosféricos, y con botánica sumisión parece su vida reducirse a la función clorofílica.

¿Hasta qué punto puede alojarse en la mujer la genialidad lírica? La cuestión es poco galante y corre el riesgo de suscitar en contra todas las banalidades del feminismo. No obstante, algún día será preciso responder a esa pregunta con toda libertad.

El azoramiento se produce en la medida en que creemos que alguien descubre aquella intimidad nuestra, que muy especialmente queremos tener oculta. Así, el que miente se azora. Esta es la iniciación del fenómeno. Pero luego lo que queremos ocultar es precisamente nuestro azoramiento.

La poesía consiste en callar los nombres directos de las cosas, haciendo que su pesquisa sea un delicioso enigma... La poesía es esto y nada más que esto, y cuando es otra cosa, no es poesía ni nada. El nombre directo domina

una realidad, y la poesía es ante todo una valerosa fuga, una ardua evitación de realidades.

He aquí toda la poética: hay que esconder los vocablos porque si se ocultan, se evitan las cosas que, como tales, son siempre horribles.

¡Qué deleite dejar pasar delante a todos – al guerrero, al sacerdote, al capitán de industria, al futbolista...! Y de tiempo en tiempo disparar sobre ellos una idea magnífica, exacta, bien madurecida, llena toda de luz.

La atención de los demás nos seduce a que pensemos para ellos. Y la inteligencia puesta a su servicio se hace utilitaria en el mal sentido de la palabra.

Hay personas a quienes irrita sobremanera que se hable de selección, tal vez porque su fondo insobornable les grita que no serán incluidas en ninguna selección positiva.

El selecto se selecciona a sí mismo al exigirse más que a los demás.

Cuando se quiere mandar es preciso violentar el propio pensamiento y adaptarlo al temperamento de las muchedumbres. Poco a poco, las ideas pierden su vigor y transparencia. Se empañan de patética.

Nada causa mayor daño a una ideología que el afán de convencer a los demás de ella. En esta labor de apóstol se va alejando el pensador de su doctrina inicial y al cabo se encuentra entre las manos una caricatura de ella.

Es preciso tender a que las minorías intelectuales desalojen de su obra todo pathos político y humanitario y renuncien a ser tomadas en serio por las masas sociales.

La fortuna se redondea a menudo fraudulentamente y lo mismo la realidad. Se añade a esta un suplemento falso que le proporciona grata rotundidad.

La leyenda es característica del espíritu que reina en la Biblia.

Para los hombres del progreso, el pasado solo tiene valor, interés y sentido, en la medida en que fue preparación del presente.

El reaccionario se niega a aceptar el presente, al fin y al cabo única vida real que existe; prefiere renunciar a vivir plenamente, y eligiendo una época pasada vuelve a instalarse en ella, piensa irse a vivir en ella, convirtiéndola en un presente inmutable, petrificado, perenne.

Para los reaccionarios no hay tampoco pasado; para ellos no ha pasado, sigue siendo presente.

La vida no es una cosa estática que permanece y persiste: es una actividad que se consume a sí misma.

La Filosofía de Kant es una de esas adquisiciones eternas que es preciso conservar para poder ser otra cosa más allá.

Durante diez años he vivido dentro del pensamiento kantiano: lo he respirado como una atmósfera y ha sido a la vez mi casa y mi prisión.

A Kant no le importa saber, sino saber si sabe. Más que el saber le importa no errar.

La filosofía moderna, producto de la suspicacia y la cautela, nace del burgués. Es este el nuevo tipo de hombre que va a desalojar el temperamento bélico y va a hacerse prototipo social.

El burgués es aquella especie de hombre que no confía en sí, necesita preocuparse, ante todo, de conquistar la seguridad. Ante todo, evitar los peligros, defenderse, precaverse. La economía y el derecho son dos disciplinas de cautela.

Queramos o no, flotamos en ingenuidad, y el más ingenuo es el que cree haberla eludido.

Ahora resulta que Platón no llegó a poseer jamás la famosa teoría de las ideas que desde siempre se le atribuye. Fueron más bien las Ideas quienes lo poseyeron a él y lo trajeron y llevaron azacanado toda su vida.

Platón siente en el fondo de sí mismo una extraña admiración indomable hacia los bárbaros, pese a su orgullo de heleno. Con vocablo aún impreciso dice: "El bárbaro no es sabio, pero es corajudo, impetuoso".

Un gran error es siempre una gran verdad, exagerada, violentada.

Las clases sociales mismas no han sido en todo momento clases económicas. Tal vez no lo han sido completamente más que en las últimas centurias.

Un mundo en que nada puede cambiar ni nada cabe extender sería un sepulcro.

No hubo una irrupción de los bárbaros. Fue, al contrario, una absorción que el Imperio realizó a fin de poder respirar militarmente. Sus defensores, inevitablemente, acabaron por hacerse sus dueños.

Por eso decía Schopenhauer que el Estado debe prevenir "la defensa contra los extraños, la defensa contra los enemigos interiores y, por fin, la defensa frente a sus defensores.

El nuevo arte de teatro es lo que queda del viejo, cuando se elimina de él todo lo que no es teatro; por tanto, todo lo que le sobra.

La ciudad moderna no produce, consume. Y esto, que es verdad en el orden económico, ¿no lo es también en los demás?

Lo que para nosotros es Europa, fue para los romanos Grecia. Escipión Emiliano fue el primer helenizante de Roma; su casa fue la primera donde se habló griego, y su círculo, vivero donde germinaron todos los pensamientos de reforma, que al cabo había de triunfar en la historia romana.

Relea el lector las obras teóricas de Wagner y considere lo que este hombre y su generación quisieron hacer de la música. ¿No es a todas luces monstruoso esperar tanto de los sonidos concertados? ¿Puede un director de orquesta dirigir el corazón humano, la sociedad y la historia? ¿Puede una melodía sustituir a una religión?

Pretendió el sonido ser pintura y narración, poesía y ciencia, política y religión. Los menos suspicaces advirtieron la exorbitancia cuando Strauss les puso en los programas de sus poemas sinfónicos cara a cara con lo grotesco.

Según Nietzsche, la buena prosa se hace siempre en vista del verso, confundiéndose casi con él, pero al cabo eludiéndolo con grácil fuga en el momento irresistible.

Es sumamente grave para el hombre encontrarse excesivamente rodeado de seguridades. La conciencia de la seguridad mata la vida. En ello estriba la degeneración, siempre repetida de las aristocracias.

Hegel ha sido uno de los últimos filósofos para quienes el universo es algo real. Después de él vino el diluvio del fenomenalismo.

La realidad universal que descubre Hegel fue llamada por él el espíritu. Esto no es otra cosa que aquello que se conoce a sí mismo.

Al hacer la historia de toda existencia viviente hallaremos que la vida fue primero una pródiga invención de posibilidades, y luego una selección entre ellas que se fijan y solidifican en hábitos utilitarios.

Callar es dejar de decir lo que se puede decir. Este es el silencio fecundo – no mera ausencia de vocablos, sino acallamiento de ellos, el retenerlos, silenciarlos.

De hecho, sabemos siempre muy bien cuál puesto nos corresponde: la conciencia propia no falla nunca con su voz subterránea. Pero creemos que los demás no lo saben y que podemos engañarles fingiendo tener un puesto

más elevado que el oportuno. Y como los demás no nos dicen nada –“imás vale callar!–, juzgamos que aceptan la valoración que de nosotros mismos hemos decretado.

Nos va alejando del público lo que de él sabemos y callamos. Cuanto más sabemos, más callamos y más nos aislamos. Se acumulan entre nosotros cordilleras de silencio.

Lo curioso de la cosa curiosa es simplemente su novedad, y como esta se pierde al primer contacto con el objeto, la curiosidad no hace más que resbalar por las cosas, sin adueñarse de ellas, sin volver a la persona con la nueva riqueza.

El curioso no puede extrañarse de nada porque le atrae la novedad de las cosas y nada más. La curiosidad es la vitalidad mínima, es su forma frívola. En cambio, el espíritu plenamente vital no es curioso. No sale de sí mismo sin más ni más.

Las dos grandes realidades que llenan la Historia son: el Estado y la civilización; esto es, gobierno y cultura.

El puritanismo no es nunca una religión, sino más bien la exageración fanática de una religión, no importa cuál. Ya el mahometismo fue un puritanismo. Del fondo doctrinal judeocristiano espumó exclusivamente lo exagerado y agresivo. Por eso es la única religión cuyo credo se formula negativamente: “No hay más Dios que Dios”.

Un verdadero beduino, cuando se halla en una ciudad, puede ser reconocido por los algodones que lleva en las narices o porque se las tapa fuertemente con el pañuelo.

El alma masculina vive proyectada preferentemente hacia obras colectivas: ciencia, arte, política, negocio. Esto hace de nosotros una naturaleza un poco teatral: lo mejor, lo más propio e individual de nuestra persona lo damos al público.

Toda mujer parece una santita, si creemos que la santidad consiste en resbalar sobre la vida sin dejarse comprometer por ella. Y, sin embargo, la verdad es todo lo contrario: esa casi irreal figura no hace otra cosa que esperar la ocasión para arrojarse en un torbellino apasionado con tal ímpetu, decisión y valentía, con tal olvido de penosas consecuencias, que el hombre más resuelto queda siempre a la zaga, y avergonzado se descubre a sí mismo como un temperamento utilitario, calculador y vacilante.

El vocablo “sublime”, que en su etimología significa “lo que se halla en lo alto”, es tal vez el más frecuente en los libros románticos.

El romántico es un hombre que busca en la vida la embriaguez. Solo se sentía a gusto cuando perdía la serenidad. Destilaba un lirismo parecido al aguardiente, que le permitía ponerse fuera de sí. De aquí su afición a lo sublime.

Lo sublime es lo excesivo, lo que pasa toda la medida, lo que nos arrolla, nos aniquila, nos aplasta. Es la copa más allá de las que puede un hombre tomar sin perder la cordura.

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) – 2022 – Alle Rechte vorbehalten